

solverse; viendo, repito, que los momentos para la conquista fatal son cortos, despliega todo su poder. Figuraos una plaza sitiada por un enemigo diestro y poderoso; tiempo há que, bloqueada con rigor, no tiene víveres ni municion: toda está debilitada, sus muros se hallan destruidos y apenas puede oponer al enemigo, obstinado en su toma, una débil resistencia; ¡qué consternacion y qué espanto cae sobre los corazones de los asediados luégo que el enemigo, protegido por los fuegos que llueven en todas direcciones, la ha estrechado por todas partes! ¡Qué desesperacion al oír los clamores furiosos del soldado, que entra por sus cuatro ángulos con la espada en la mano para hacer víctimas de su furor á los infelices vencidos! ¡Oh! El demonio viene al lecho del pecador, no solo, sino acompañado: todos los auxiliares de su dominacion infernal entran de tropel en el aposento del pecador, como afirma el profeta Isaías (xiii, 21): *Replebuntur domus eorum draconibus*; y semejantes á una manada de tigres, caen llenos de furor sobre el alma desgraciada, para despedazarla con sus garras. ¡Momento fatal para el pecador! Querrá levantar sus ojos al cielo y pedir misericordia, pero no se lo permitirá el demonio: el hombre deshonesto, cuya vida se pasó en desarreglos y placeres carnales, querrá hacerse santo en un momento, y el demonio inutilizará todos sus esfuerzos con sus sugerencias malignas. «¡Qué! le dirá el espíritu infernal; toda tu vida yo me hallé á tu lado alimentando ese fuego que te devoraba; yo te traje los cómplices de tus placeres, ¿y ahora quieres evadirte de mis manos?» Así es que entónces, no pudiendo saciarse el cuerpo en las impurezas, el alma se acordará de aquellas sordideces que ha cortado la enfermedad. Quizá la memoria de los pecados pasados excitará en el alma un amargo pesar de dejarlos sin remedio; quizá se hallará entre la muchedumbre invisible de demonios tentadores el objeto malhadado que corrompió el

corazon del pecador, y no querrá apartarlo de su lado ni áun en la muerte, á pesar del escándalo público. Así se cumplirá en la muerte del pecador el oráculo del Espíritu Santo, que dice que los huesos del impío estarán llenos entónces de los desórdenes de su juventud, y que sus vicios dormirán con él en el polvo del sepulcro. (Job, xx, 11.) ¿Y acaso la historia no nos enseña que tanto en este siglo como en los pasados ha habido mónstruos que al espirar juraban una fidelidad espantosa, más allá de la tumba, al objeto detestable de sus pasiones, y cuya alma dejaba la habitacion terrestre entre los suspiros del crimen? ¡Oh, Dios! ¡Qué terrible sois cuando abandonáis al pecador á su propia corrupcion!

La mujer mundana querrá mudar su corazon, tierno y sensible, en un corazon penitente, y el demonio se lo impedirá. Él la alucinará en su última hora, así como la ha engañado en los dias de su belleza; en el lecho mortal pasará los dias de su enfermedad en examinar las mutaciones que ha sufrido su rostro, oirá con gusto las lisonjeras palabras que la vanidad de sus amantes la dirigirá, y embriagada en la contemplacion de su figura, apegada al mundo y á sus placeres, llegará el momento en que empiece á desengañarse y conocer que no es más que polvo y basura; empezará á volverse al cielo; pero el enemigo con sus artes la inducirá á creer que vendrán nuevos dias de salud y prosperidad; así se agravará su enfermedad sin haber llorado sus caidas, y en el extremo fatal llorará como el desgraciado rey de Ansales, diciendo estas palabras: *Separat amara mors*. ¡Así corta esta muerte cruel mis más hermosos dias! El demonio, pues, se pondrá á su lado, caerá sobre ella la maldicion que David fulminó contra los que han vendido á su Dios por los placeres de la tierra: *Et diabolus stet a dextris ejus*. «¿Tú quieres llorar en un momento, la dirá, los excesos de una larga vida? Tú te has entregado á mí mu-

cho tiempo há; yo hice que fueses idolatrada, que bebiesen las gentes de tu copa, llena del vino de los placeres; que cautivases con tus adornos profanos, que yo inventé, á los hombres incautos; que traje á mi reino una multitud innumerable de víctimas; yo te he servido con fidelidad; tú eres toda mía. Dios no tiene parte en tí.» ¡Oh qué desesperacion! Entónces, amados oyentes, verá el pecador que la vanidad era vanidad, que la virtud es virtud, y conocerá los principios del bien y del mal con sus consecuencias; se hallará muy cerca del reino de la verdad, para no ser iluminado con su luz; un momento le bastaria para pedir misericordia; pero el demonio ocupará todos los senos de su entendimiento para que no considere; atará todos los resortes de su voluntad para que no pueda desear lo que le conviniera; así morirá el pecador desesperado, y conforme á su vida, como afirma San Pablo: *Quorum finis erit secundum opera ipsorum*. El impúdico quisiera morir como casto, y el enemigo se lo impedirá; el ambicioso quisiera morir como pobre y desapegado del oro, y el demonio le pondrá delante los tesoros que él le ha procurado; el ambicioso quisiera morir como el que despreció los honores, y el enemigo ocupará su imaginacion con los incienso que le prodigó la adulacion. Éste será el estado del pecador moribundo, y á él sucederán los terrores del infierno todo.

¡Y qué asalto tan horrible debe dar el enemigo en la última hora! Cuando pensamos que el mismo Jesucristo tembló al pensar que iba á morir; cuando vemos en la historia lo que han sufrido los siervos de Dios al momento de espirar, ¿quién no se alarma al saber que tiene que pasar por este trance? ¿Quién no tiembla al ver á un San Martin de Tours, rodeado de sus discípulos, empuñando la imágen de Jesucristo en sus brazos y temblando al ver á su lado á la bestia infernal? ¿Quién no se horro-

riza al saber que los hombres más consumados en virtud han bañado con lágrimas el lecho de cilicio y ceniza, pidiendo al cielo que aparte de su lado las visiones espantosas del dragon infernal?

Y si esto sucedió á los que sirvieron á Dios con toda su alma y le amaron sin interrupcion por largos años, ¿qué acontecerá al pecador que apenas se acordó de su Dios en su larga vida? El demonio vendrá, no ya con un aspecto halagüeño, como cuando se llegaba en vida para tentarle, no ya ofreciéndole los tesoros y vanidades del mundo, no ya como un enemigo disfrazado que le ha engañado con sus artificios, para que cayese en los lazos que le aprisionaban, sino como un adversario declarado y victorioso; aparecerá al pecador con su figura infernal y horrorosa, y el desgraciado querrá huir y no podrá; se cubrirá los ojos de su alma para no verlo, y el enemigo se le manifestará más de cerca; tapará sus oídos por no escuchar sus voces imperiosas, y cada vez oirá más y más los ecos infernales. Todos los perseguidores rodearán esta alma infeliz entre las angustias más mortales: *Omnes persecutores ejus apprehenderunt eam inter angustias*. (*Thren.*, XIII). «¡Qué! la dirá uno; tú has despreciado tantas veces la voz de tu Dios; tú has hollado su sangre; tú has insultado á su misericordia, ¿y quieres ahora salvarte? Tú has vilipendiado, tú has ultrajado los ministros del Dios que te redimió, ¿y querrás que un Dios celoso de su gloria y de la de sus ungidos te perdone?—Ya no es tiempo, dirá otro, de reparar los fraudes que has cometido; ya no es tiempo de resarcir los daños que has causado; ya no es tiempo de volver la reputacion que has hecho perder; ya no hay misericordia para tus crímenes, tu alma nos pertenece, por más que imploras la piedad del cielo; ya se dió el decreto irrevocable de tu condenacion.» Aquél le inspirará una desconfianza sacrílega en la misericordia de Dios; «¿no ves, le dirá, que tus confesio-

nes son nulas? ¿No ves, mujer mundana, que profanaste los Sacramentos, que ultrajaste los templos con tus miradas y trajes deshonestos? ¿No ves, padre escandaloso, que nos entregaste tus hijos y tu esposa con tu mala vida? ¿No ves, esposa infiel, que manchaste la santidad del Sacramento, que no cumpliste los juramentos hechos á Dios ante sus altares? ¿No ves, hombre irreligioso, que has pasado tu vida en la licencia y en la inmoralidad, y que no querias convertirte á tu Dios? ¿No ves, jóven altanera, que por seguir tus caprichos enredaste en tus amores profanos á muchos que sin tí se hubieran salvado? ¿No ves que profanaste tu cuerpo, que debiera ser templo del Espíritu Santo? Acabóse, pues, para tí la misericordia;» y en medio de estas agonías espantosas, aquella alma desgraciada entrará en el seno de la eternidad, sin otra esperanza que la que puede inspirar una vida criminal y pasada en desórdenes. El padre de la mentira, que engañó al hombre en la vida representándole la vanidad y el error con colores fingidos y engañosos para apartarle de su Dios, lo endurecerá y lo pondrá en su mayor desesperacion á la hora de la muerte, hablándole un lenguaje falso en sí, pues el hombre siempre puede alcanzar perdon, pero verdadero en sus consecuencias; y por desgracia, acreditado en una experiencia de muchos siglos, en las Jezabeles voluptuosas, en los Saules vindicativos, en los Absalones rebeldes y en los incestuosos Herodes. Ved, pues, la muerte del pecador terrible y temerosa por los ataques del demonio. Resta considerar su horror por la incertidumbre de la suerte infeliz de una eternidad, y es la

TERCERA PARTE.

Por más desarreglada que sea la vida del hombre, pudiera consolarse si más allá del sepulcro no hubiese un tribunal que ha de decidir la suerte infeliz ó dichosa por toda la eternidad. Con la vida corporal acabarían todos los remordimientos del alma, y la lápida sepulcral cubriría en su tenebroso y hediondo caos los excesos de largos años; pero no es así, amados míos; por más esfuerzos que haga el pecador para ahogar el sentimiento de su razon y de su conciencia; por más que quiera renunciar á la inmortalidad, una voz oculta é imperiosa resuena en sus oídos sin cesar y le persigue; un gusano roedor se mueve á cada instante en su interior y le hace temblar, quitándole la paz y el sosiego que pudiera tener en sus placeres: *Non est pax impiis*; y si durante la vida no puede tener paz el pecador en sus desórdenes; si á pesar de poseer riquezas, verse rodeado de fausto y de vanidad, y gozar de cuanto Dios ha dado á los hijos de los hombres, no hay paz ni tranquilidad para el pecador, ¿qué consuelo, qué paz, qué esperanza habrá para el pecador cuando todo este mundo con sus glorias le haga traicion, cuando los placeres y las vanidades se le escapen como una sombra vana, cuando el pecador se halle tendido en el lecho de la muerte, entregado á las pasiones de la ignominia y á sí mismo? ¿Qué pasará en su corazón corrompido en sus deseos, inconstante en sus ideas y duro en su rebelion contra Dios? Ahora lo vereis; pero ántes distingamos de pecadores: yo os demostraré con la razon y la historia, fundadas en la fé, dos clases de hombres desesperados al verse al borde del abismo eterno: el pecador por debilidad, el pecador engañado por

los atractivos del mundo, el pecador cegado por la fuerza de las pasiones, y el pecador que quiso apartarse de su Dios por su voluntad, que se rebeló contra Dios, el pecador que le hizo la guerra más alevosa; en una palabra, el impío que no creyó, ó afectó no creer, en una eternidad, el filósofo que diseminó los dogmas antireligiosos y antisociales. ¡Oh mi Dios! ¿Y por qué me habeis traído á este lugar santo, para decir á este pueblo que ésta es la suerte de sus hijos? Pues, en verdad, la muerte del pecador que siguió el torrente de sus pasiones es la muerte de los hombres carnales de nuestra edad, y la muerte del impío será ¡oh ancianos venerables que me escuchais! será... ¡oh qué horror me causa el decirlo! será la muerte de vuestros hijos. Yo tiemblo al pensar que voy á delinear de antemano el cuadro espantoso de vuestro fin; pero mi ministerio me obliga á ello. ¡La muerte del pecador entregado á sus pasiones! ¡Qué terrible será el verse próximo á una muerte eterna! ¡Qué lágrimas verterá en el lecho del dolor viendo el fin inevitable de su vida licenciosa! ¿Tendrá algun motivo de esperar misericordia de un Dios justo, de un Dios cuyo tribunal ve preparado, y cuyos tormentos se le presentan ya como la retribucion debida al culpable? Cuanto le rodea le está anunciando la llegada de un Juez inexorable y de un tiempo sin fin, en el cual sufrirá ó gozará, segun la sentencia. Buscará, pues, el pecador á su Dios en aquella hora; se confesará al momento de morir, levantará sus ojos al cielo y le hará mil promesas, y todo será en vano, porque esto procede de desesperacion más que de arrepentimiento. ¿No habeis visto jamás al infeliz que cayó en manos de un enemigo, cuya mano está armada del puñal que ha de dar fin á su existencia? ¡Cuántas veces llora! ¡Cuántas le pide perdon y le promete que será su esclavo toda su vida! Pero todo es en vano: el vencedor nada cree á un enemigo que tiene á sus piés; teme que

el perdon aumente el ódio, y sujeta más y más la víctima. Así Dios, á quien el pecador ha despreciado tantas veces en la vida y prometido una enmienda que nunca llegó, viendo que todos los actos del pecador moribundo y sus promesas son el resultado del temor de la eternidad más que de un arrepentimiento verdadero, se hará sordo á sus voces y no le concederá gracia.

Arrodillado junto á su cama, el sacerdote dirá la recomendacion del alma. «Reconoced, Señor, dirá hablando con Dios, á vuestra criatura;» pero Dios responderá: «Verdad es que es mi hechura; pero él me ha mirado, no como á su bienhechor, sino como á su enemigo.» «No os acordeis de sus iniquidades antiguas,» continúa el sacerdote; pero Dios responderá: «Yo me olvidaria de los pecados de su juventud y de sus ignorancias; pero me ha despreciado hasta los últimos momentos; siempre me ha vuelto su espalda, y sólo en el tiempo de su afliccion me ha llamado diciendo: *Surge, et libera nos*. ¡Qué! ¿Dejaré de ser justo? ¿Me levantaré para librarle? ¿Dónde están ¡oh pecador! los dioses que te fabricaste? Vengan, pues, y librente de mis manos. *Ubi sunt Dii tui quos fecisti tibi? Surgant et liberent te*. (Jerem., II, 27, 28.) Levántense ahora esas riquezas que amontonaste para darte nombre entre los hombres, y sálvente de mis manos: *Surgant et liberent te*. ¿Dónde están esas pasiones cuyos movimientos seguiste con ceguedad? ¿Dónde esos compañeros de tus excesos, en cuyos brazos te echaste? ¿Dónde están las criaturas que amaste? ¿Dónde los amigos? *Surgant et liberent te*. Vengan á llenar el abismo eterno que tú has abierto á tus piés. Tú has despreciado las amenazas que he fulminado contra los pecadores endurecidos; tú has estado sordo á mi voz; acabóse, pues, el tiempo de la misericordia, y llegó el momento de la venganza: *Mea est ultio, et ego retribuam in tempore*.» (Deuter., xxxii, 35.) Y en medio de estas angustias, el

alma del pecador, casi cierta de una suerte desgraciada por toda la eternidad, pasa del reino de las tinieblas al de la luz. ¡Oh Dios de mi corazón! ¡Vos sabéis cuál es la suerte de los que se olvidan de Vos en la vida! ¡Vos sabéis que, á pesar de vuestra infinita misericordia, no podeis ménos de ejercitar todo el rigor de vuestra justicia contra los que no reconocieron en vida tu piedad ni oyeron tu voz de Padre con que los llamábais!

Pero si tan cruel es la muerte del pecador por el temor de la eternidad, ¡qué espantosa, qué llena de furor y de rabia será la del impío que nada creyó y que todo lo despreció! ¡Qué sorpresa para él al ver con sus ojos que aquella eternidad que fué para él un problema, una ficción, un fanatismo, es un hecho real y positivo! ¡Qué espanto al oír la voz de aquel Dios, que negó á la faz de la tierra, que insultó en presencia del sol, y ahora le llama para que comparezca ante su tribunal y confiese en él sus locuras, ántes de ser precipitado en el abismo!

El pecador se habia dejado arrastrar por la fuerza de las pasiones, y ciego con los placeres del mundo, no habia visto la luz que ilumina al corazón exento de corrupción. Sin embargo, envuelto en las sordideces del crimen, no se habia olvidado de que hubiese un Dios, y alguna vez levantaba sus ojos al cielo; así es que la Iglesia, dirigiendo á Dios sus preces por el difunto, dice al Señor que no padezca las penas del infierno aquel que creyó y esperó en el Señor. Pero el impío que ofendió á Dios porque no quiso creer en Él, ¿qué sentirá en aquel momento, cuando empiecen á asomarse las dudas, las ansiedades de su porvenir y los terrores de la eternidad? El incrédulo no queria ver nada más allá de este mundo, no conocia otro fin que las riquezas, los honores, los placeres de la tierra; él habia dicho sin avergonzarse que su alma era como la del bruto, que no habia Dios; y cuando todo lo que abrazó venga á faltarle; cuando todo cuanto negó se

le presente; cuando un revés tan inesperado derribe el orgulloso edificio que se habia formado; cuando en vez de gloria no encuentre sino humillación; cuando clavado al lecho mortal no vea en sí sino languidez y tristeza; cuando en vez de placeres y gozos no espere sino tormentos y dolor para siempre, ¡oh qué furiosa desesperación! El desdichado ha perdido cuanto amaba su corazón; todo lo que preferia á su conciencia y á la eternidad; todo el fruto de sus trabajos, todas sus esperanzas, todo su bien se le escapa y se vuelve en ilusión; toda su dicha se evapora como el humo, desaparece como un sueño, sin dejarle sino el recuerdo de una prosperidad que no existía, con la pena de no poder rebelarse contra el que le envía el mal presente, y con el espantoso temor de un porvenir más terrible. ¿Podrá entonces consolarse diciendo que es el juguete de la casualidad, ó la víctima de un hado inexorable, ó que quizá es perseguido por la cólera de un Dios justo, que ha ultrajado y que se venga? ¡Ah! Ya se oyen los rugidos espantosos, como los del león enfurecido; en su desesperación maldice el día que le vió nacer, ó quejarse del quimérico acaso que le aflige sin piedad, ó blasfemar y vomitar imprecaciones contra la Divinidad, cuya existencia conoce, aunque tarde, á fuerza de los golpes que sobre él descarga! ¿Dónde están las palabras para exprimir, dónde los conceptos para figurar, dónde los colores para pintar lo que piensa en su deplorable situación, la profunda desolación de su espíritu, el presentimiento horrible de que su alma va á caer en los infiernos?

La muerte espantosa del pecador incrédulo es una consecuencia de su vida; y cuando el viejo de Ferney no nos hubiese dicho que su vida no habia sido sino un ensueño horrible, una pesadilla continuada, cuando el sofista de Ginebra no nos hubiese manifestado su eterna melancolía y el fin trágico á que le condujo, sabemos